

## Mis libros

Gabriela Mistral

Libros, callados libros de las estanterías,  
vivos en su silencio, ardientes en su calma;  
libros, los que consuelan, terciopelos del alma,  
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

Mis manos en el día de afanes se rindieron;  
pero al llegar la noche los buscaron, amantes  
en el hueco del muro donde como semblantes  
me miran confortándome aquellos que vivieron.

¡Biblia, mi noble Biblia, panorama estupendo,  
en donde se quedaron mis ojos largamente,  
tienes sobre los Salmos las lavas más ardientes  
y en su río de fuego mi corazón enciendo!

Sustentaste a mis gentes con tu robusto vino  
y los erguiste recios en medio de los hombres,  
y a mí me yergue de ímpetu sólo el decir tu nombre;  
porque yo de ti vengo he quebrado al Destino.

Después de ti, tan sólo me traspasó los huesos  
con su ancho alarido, el sumo Florentino.  
A su voz todavía como un junco me inclino;  
por su rojez de infierno fantástica atravieso.

Y para refrescar en musgos con rocío  
la boca, requemada en las llamas dantescas,  
busqué las Florecillas de Asís, las siempre frescas  
¡y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío!

Yo vi a Francisco, a Aquel fino como las rosas,  
pasar por su campiña más leve que un aliento,  
besando el lirio abierto y el pecho purulento,  
por besar al Señor que duerme entre las cosas.

¡Poema de Mistral, olor a surco abierto  
que huele en las mañanas, yo te aspiré embriagada!  
Vi a Mireya exprimir la fruta ensangrentada  
del amor y correr por el atroz desierto.

Te recuerdo también, deshecha de dulzuras,  
versos de Amado Nervo, con pecho de paloma,  
que me hiciste más suave la línea de la loma,  
cuando yo te leía en mis mañanas puras.

Nobles libros antiguos, de hojas amarillentas,  
sois labios no rendidos de endulzar a los tristes,  
sois la vieja amargura que nuevo manto viste:  
¡desde Job hasta Kempis la misma voz doliente!

Los que cual Cristo hicieron la Vía-Dolorosa,  
apretaron el verso contra su roja herida,  
y es lienzo de Verónica la estrofa dolorida;  
¡todo libro es purpúreo como sangrienta rosa!

¡Os amo, os amo, bocas de los poetas idos,  
que deshechas en polvo me seguís consolando,  
y que al llegar la noche estáis conmigo hablando,  
junto a la dulce lámpara, con dulzor de gemidos!

De la página abierta aparto la mirada,  
¡oh muertos!, y mi ensueño va tejiéndoos semblantes:  
las pupilas febriles, los labios anhelantes  
que lentos se deshacen en la tierra apretada.

**El canto de la miel**

**Federico García Lorca**

La miel es la palabra de Cristo,  
el oro derretido de su amor.  
El más allá del néctar,  
la momia de la luz del paraíso.

La colmena es una estrella casta,  
pozo de ámbar que alimenta el ritmo  
de las abejas. Seno de los campos  
tembloroso de aromas y zumbidos.

La miel es la epopeya del amor,  
la materialidad de lo infinito.  
Alma y sangre doliente de las flores  
condensada a través de otro espíritu.

(Así la miel del hombre es la poesía  
que mana de su pecho dolorido,  
de un panal con la cera del recuerdo  
formado por la abeja de lo íntimo)

La miel es la bucólica lejana  
del pastor, la dulzaina y el olivo,  
hermana de la leche y las bellotas,  
reinas supremas del dorado siglo.

La miel es como el sol de la mañana,  
tiene toda la gracia del estío  
y la frescura vieja del otoño.  
Es la hoja marchita y es el trigo.

¡Oh divino licor de la humildad,  
sereno como un verso primitivo!

La armonía hecha carne tú eres,  
el resumen genial de lo lírico.

En ti duerme la melancolía,  
el secreto del beso y del grito.

Dulcísima. Dulce. Este es tu adjetivo.  
Dulce como los vientres de las hembras.  
Dulce como los ojos de los niños.  
Dulce como las sombras de la noche.  
Dulce como una voz. O como un lirio.

Para el que lleva la pena y la lira,  
eres sol que ilumina el camino.  
Equivales a todas las bellezas,  
al color, a la luz, a los sonidos.

¡Oh! Divino licor de la esperanza,  
donde a la perfección del equilibrio  
llegan alma y materia en unidad  
como en la hostia cuerpo y luz de Cristo.

Y el alma superior es de las flores,  
¡Oh licor que esas almas has unido!  
El que te gusta no sabe que traga  
un resumen dorado del lirismo.

Quizás porque mi niñez  
sigue jugando en tu playa,  
y escondido tras las cañas  
duerme mi primer amor,  
llevo tu luz y tu olor  
por dondequiera que vaya,  
y amontonado en tu arena  
guardo amor, juegos y penas.

Yo, que en la piel tengo el sabor  
amargo del llanto eterno.  
Que han vertido en ti cien pueblos  
de Algeciras a Estambul.  
Para que pintes de azul  
sus largas noches de invierno.

A fuerza de desventuras,  
tu alma es profunda y oscura.  
A tus atardeceres rojos  
se acostumbraron mis ojos  
como el recodo al camino...  
Soy cantor, soy embustero  
me gusta el juego y el vino  
tengo alma de marinero...  
¿Qué le voy a hacer, si yo  
nací en el Mediterráneo?

Y te acercas, y te vas  
después de besar mi aldea.  
Jugando con la marea  
te vas, pensando en volver.  
Eres como una mujer  
perfumadita de brea  
que se añora y que se quiere  
que se conoce y se teme.

Ay, si un día para mi mal  
viene a buscarme la parca.

Empujad al mar mi barca  
con un levante otoñal  
y dejad que el temporal  
desguace sus alas blancas.  
Y a mí enterradme sin duelo  
entre la playa y el cielo...  
En la ladera de un monte,  
más alto que el horizonte,  
quiero tener buena vista,

Mi cuerpo será camino,  
le daré verde a los pinos  
y amarillo a la genista...  
Cerca del mar, porque yo  
Nací en el Mediterráneo...